

**Bruno Cardenosa**

**CONSPIRACIONES  
Y MISTERIOS  
DE LA HISTORIA  
DE ESPAÑA**

**10**



**grandes  
agujeros negros  
de nuestro pasado  
que nadie  
se había atrevido  
a desvelar**



# CONSPIRACIONES Y MISTERIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Bruno Cardeñosa

# CONSPIRACIONES Y MISTERIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

10 grandes agujeros negros de nuestro pasado  
que nadie se había atrevido a desvelar

la esfera  de los libros

Primera edición: mayo de 2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Bruno Cardeñosa Chao, 2011

© La Esfera de los Libros, S.L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-9970-045-8

Depósito legal: M. 11.276-2011

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Rigorma

Encuadernación: De Diego

Impreso en España—*Printed in Spain*

# Índice

<a href="#">Dedicatoria</a> .....	9
<a href="#">A modo de introducción. PALAFOX, LA HISTORIA DE UN ¿HÉROE?</a> .....	11
<a href="#">Capítulo 1. ¿QUÉ OCURRIÓ EN EL MAINE?</a> .....	25
<a href="#">Capítulo 2. LA GUERRA QUÍMICA DEL RIF</a> .....	45
<a href="#">Capítulo 3. Los CONTUBERNIOS MASÓNICOS</a> .....	65
<a href="#">Capítulo 4. LOS ESPAÑOLES QUE DESAFIARON A HITLER</a> .....	95
<a href="#">Capítulo 5. LA «NEUTRALIDAD» ESPAÑOLA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL</a> .....	113
<a href="#">Capítulo 6. LA BOMBA ATÓMICA ESPAÑOLA: EL SECRETO MEJOR GUARDADO</a> .....	141
<a href="#">Capítulo 7. LAS OPERACIONES SECRETAS (Y TENEBROSAS) DE LA CIA EN LA TRANSICIÓN</a> .....	

..... 169

Capítulo 8. EL SÍNDROME TÓXICO... ¿LA COLZA?

..... 203

Capítulo 9. «PÁSALO»: LA GUERRA DE LAS SIETE HORAS.  
EL 13-M .....

223

Capítulo 10. Los RESTOS DEL IMPERIALISMO

..... 265

# Dedicatoria

Es hora de hablar de las voces de los hombres y su engaño, de la verdad como forma de violencia. Es hora de hablar de la culpa... Es hora de hablar de que nunca hablamos de lo que hay hablar.

ENRIQUE BUNBURY, paisano del primero de los protagonistas de los engaños de esta historia alternativa que me dispongo a relatar.

Este libro está dirigido y dedicado a todos aquellos que aún se atreven a escuchar aquello que igual les incomoda, y que no por ello desprecian su contenido. A quienes no confunden patriotismo con ceguera. A quienes están dispuestos a derribar los pies de barro sobre los que igual han construido sus creencias. A quienes piensan que conocer la historia para no repetirla no es una excusa para ignorar aquello que no nos encaja. A quienes dudan de lo que les enseñaron o, al menos, a quienes están dispuestos a admitir que no les enseñaron todo lo que había que saber. A quienes aman la historia de España pero tienen la mente abierta para no recitar odas sólo por eso. A quienes están dispuestos a debatir. A quienes creen que ha llegado la hora de hablar sobre nosotros mismos sin creernos los mejores y únicos.

¿No tienes enemigos? ¿Es que acaso jamás diste la verdad o amaste la justicia?

SANTIAGO RAMÓN y CAJAL, otro paisano del «héroe» José de Palafox, entronizado sin mácula por una historia que

se escribe sin criterio.



## A modo de introducción

### PALAFIX, LA HISTORIA DE UN ¿HÉROE?

**L**os Sitios de Zaragoza durante la Guerra de la Independencia en 1808 generaron numerosos mitos que no han sido sometidos a una revisión al margen de exaltaciones patrióticas que tienden a tergiversar el pasado. La resistencia aragonesa frente a los franceses fue extraordinaria, pero posiblemente no sirvió de nada. Los hombres de Napoleón entraron en la capital del Ebro, que perdió en la batalla decenas de miles de habitantes por culpa de José de Palafox, un militar condecorado por la historia.

Ustedes se preguntarán: ¿por qué el tipo este empieza un libro que pretende analizar los expedientes inacabados de nuestra historia desde 1898 con un asunto que nos remite nada menos que a noventa años antes de esa fecha?

La respuesta es sencilla: las enfermedades -casi siempre, y este caso no es la excepción- presentan síntomas antes de que se manifiesten.

Más o menos, hay unidad de pensamiento a la hora de señalar que el mundo contemporáneo comienza en 1789, con la Revolución francesa como punto de inflexión que marca el comienzo de esa época. Sin embargo, en España esa era arranca en 1808, tras la «venta» del país a Francia a cargo de un rey inepto como era Carlos IV. Tras la escenificación de su traición en Bayona, se convierte en rey Pepe Botella, que con el nombre de José 1 se pone al frente de un país que ni

le quiere ni le respeta, por mucho que entre los ciudadanos se hayan extendido los principios ideológicos de la Revolución.

La ocupación francesa fue contestada por los ciudadanos el 2 de mayo en Madrid. Ese día, los habitantes de la capital se levantaron en armas -en armas o en lo que tuvieran a mano- contra los ocupantes. Lógicamente, las tropas de Napoleón resistieron la embestida, pero pudieron comprobar cómo la «furia» española fue mucho más tenaz de lo que pudieran imaginar, hasta el punto de que en más de un momento estuvieron contra las cuerdas. Eso sí, con los fusilamientos del 3 de mayo los franceses, como a lo largo de la historia ha ocurrido con todos los ocupantes, desnudaron su verdadero rostro: atroz y sin compasión.

Y a medida que las noticias sobre el alzamiento de Madrid van llegando a los cuatro puntos cardinales de la Península, la reacción ciudadana contra los invasores se hace cada vez más palpable. Y el ejército regular -amén de decenas de miles de guerrilleros dispersos en montes y cuevas-, junto a las tropas inglesas, fue cercando a los franceses en una lucha brutal.

A veces -más veces de las que se reconoce- las batallas que libraron los españoles durante la Guerra de la Independencia fueron tan innecesarias como prescindibles, y casi sólo sirvieron para dejar al descubierto a individuos con pocos escrúpulos de ambos bandos.

Uno de esos episodios, con el que pretendo empezar a ilustrar este libro, es el conocido como los Sitios de Zaragoza. Y uno de esos personajes es José de Palafox, que nuestra torpeza de conciencia elevó a los «altares». No sería necesario rebuscar para poner sobre la mesa lo que ahora voy a mostrar, pero nuestra forma de entender el pasado y el concepto de «español» nos hizo enterrar la verdad hasta si-

tuar la mentira tan a flote que casi da vergüenza que la memoria no se ahogue.

### Memoria histórica

En las semanas previas a sentarme a escribir estas líneas he aprovechado para reciclar pensamientos. Y, entre otros métodos, qué mejor forma de hacerlo que mirarse al espejo y descubrir que está roto. En este camino, mi ejercicio lo he realizado leyendo de nuevo a Eduardo Galeano. Los trabajos de este periodista e intelectual uruguayo, que hace no mucho publicó con éxito una historia del mundo escrita desde el punto de vista de los perdedores, no son ni pretenden ser ejercicios de rigor histórico, aunque sí humano, y en sus obras denuncia algo que a veces resulta tan evidente como ignorado: «Desde que nacemos nos entrenan para ver nada más que pedacitos. La cultura dominante, cultura del desvínculo, rompe la historia pasada como rompe la realidad presente; y prohíbe armar el rompecabezas». Que las cosas son así, que esta afirmación de Galeano es una hiriente realidad, lo he podido comprobar durante los casi tres años que llevo al frente de la revista Historia de Iberia Vieja.

Desde que era niño mis profesores, que no siempre maestros, me bombardearon con mensajes sobre la figura de José de Palafox, un militar que lideró la resistencia de Zaragoza -servidor vivía en la capital del Ebro, por descontado- en la Guerra de la Independencia. Si con doce, catorce o veinte años me hubieran preguntado por ese personaje, habría afirmado sin rubor que fue un héroe. A mí no me enseñaron a dudar. Por eso desde estas páginas lo intentaré, extirpando las normas de la cultura dominante -a la que también podemos denominar costumbre, hábito, rutina, sistema... tradición- para otorgar a los lectores las piezas suficientes para «armar el rompecabezas» por ellos mismos, sin que nadie, por muy docto que sea o que se presente, que de esos tam-

bién hay pidiéndonos que nos arrodillemos ante sus exposiciones, nos diga qué tenemos que pensar sobre tal o cual suceso.

Ahora que los ecos del bicentenario de la Guerra de la Independencia se empiezan a oír lejanos, es un buen momento para hacerlo. Recordar aquellos sucesos es bueno, necesario, porque la historia hay que conocerla, pero se ha hecho transmitiendo una serie de mensajes y consignas que han sido, precisamente, mensajes y consignas, con lo que eso significa...

Nos hemos olvidado de que aquélla fue una guerra cruel. Que, efectivamente, los franceses habían ocupado España - sin recordar que también ahora otras potencias ocupan España, aunque las invasiones actuales, en el primer mundo, ya no son por las armas- y fueron brutales en su conquista. Que, efectivamente, había que defenderse de eso. Y que fue un triunfo del pueblo. Pero los doctos y sabios han recordado ese pasado pulsando el off que desactiva nuestras neuronas. He visto tantas veces esa dinámica al convivir con los historiadores y los escribanos del pasado...

Si no hubiera sido así, se nos habría permitido ver otra realidad, ni mejor ni más acertada, pero que está ahí y se puede documentar (con el necesario apoyo del sentido común). Ganó el pueblo, pero triunfaron los de siempre. Al final, quienes volvieron a mandar fueron los mismos, con similares, idénticos o parecidos ropajes, esos que siguen dictando al pueblo lo buenos que son para que a base de repetirlo pueda llegar a creerse y establecerse consenso al respecto. Así se escribe la costumbre. Y, no pocas veces, la historia.

Además, nuestra Guerra de la Independencia no fue un hecho aislado en el mundo. En realidad fue un episodio enmarcado dentro de un conflicto con tintes de guerra mundial, en el cual Francia e Inglaterra, mientras buscaban el do-

minio del planeta, libraron batallas continuas dentro de sus fronteras -las menos veces... es decir, casi ninguna, como ahora ocurre con las grandes potencias- y fuera de ellas con los civiles como blanco, porque a esas alturas del «desarrollo», a un siglo vista de las guerras mundiales, los ejércitos y sus armamentos pasaron a ser tan poderosos y mortíferos que los muertos dejaron de contarse sólo entre los ejércitos.

Un mito... sobre 50.000 cadáveres

A los mitos no se los toca. Y si encima han sido héroes... Uno puede amar Zaragoza -yo lo hago y los siento-, pero para ello no es necesario ensalzar leyendas que crecen sobre las vísceras de los sentimientos primarios. Eso es lo que ocurre con el capitán general Palafox. A su nombre tiene calle, plaza, cine, monumento, palacio y un largo etcétera de lugares y enclaves que le recuerdan en la capital del Ebro, ciudad que se rinde ante uno de sus grandes personajes a partir de unos hechos históricos que acontecieron entre 1808 y 1809, en el marco de la Guerra de la Independencia.

El problema llega cuando los recuerdos que forman parte de los libros de historia son un claro ejemplo de amnesia selectiva. Porque sí, la ciudad resistió con coraje y valor el asedio de las tropas francesas, pero lo hizo a costa de hipotecar el futuro con muerte, desolación, enfermedad, hambre...

En 1805, Zaragoza era la tercera -segunda en muchos aspectos- ciudad española en cuanto a relevancia y población. El censo efectuado por aquel entonces señalaba que allí vivían 48.000 personas. Tras los Sitios en la Guerra de la Independencia fallecieron intramuros 54.000 almas, cifra que algunas fuentes incluso elevan a 70.000 u 80.000. Es decir, murieron más personas de las que vivían allí. No es que fallen los datos, sino que un número destacable de aragoneses se refugió Zaragoza para resistir el asedio francés, provo-

cado por la decisión de Palafox de concentrar las tropas en la capital, convirtiéndola en un fortín.

Zaragoza quedó destruida, asolada. Y aunque todo aquello ocurrió a comienzos del siglo xix, posiblemente el mundo no vio nada semejante hasta la Segunda Guerra Mundial, el conflicto bélico más brutal que jamás haya existido. La batalla en Zaragoza tuvo el mismo nivel de muerte y locura que lo ocurrido más de cien años después en, por ejemplo, Stalingrado.

Pero tanto tópico y tanta historia contada de forma sesgada, alimentando nacionalismos e idioticias localistas, revestidas de lo que se entiende por patriotismo, han acabado por transmitir la sensación de que mereció la pena luchar así contra unos invasores que -nadie lo dude, e insisto- fueron bárbaros.

Mientras tanto ya nadie se acuerda de que Palafox perdió; más al contrario, da la sensación, a base de repetir consignas y mensajes, de que doblegó a los franceses. Es la consecuencia de elogiarlo y elogiarlo hasta el aburrimiento. Pero sí: perdió aunque le hagamos monumentos y homenajes como si fuera un triunfador. Hundió a la ciudad. Y la destruyó por dos siglos -de momento- de su lugar en la cumbre de la pirámide poblacional y de influencia en Europa, además de que sus acciones sólo provocaron que los franceses ganaran posiciones y se situaran por delante en el conflicto, complicando por muchos años la resolución de la Guerra de la Independencia al haber cedido primero Aragón y luego Zaragoza.

Un héroe muy villano

José Rebolledo de Palafox y Melci nació en el año 1776 en el seno de una familia noble. Era un personaje de alta alcurnia y de los que creía en el significado -no en el real, sino

más bien en el socialde la sangre azul. Dice julio Blanco García en su trabajo «Palafox, el nacimiento de un mito» (Historia de Iberia Vieja, número 52) que era habitual «verlo recitando sus poemas al oído de hermosas muchachas y distinguidas damas sobre las que ejercía un poderoso influjo gracias a su magnetismo». Y aunque en su trabajo Blanco García se atreve a señalar que su capitania contra los franceses «fue un gesto que cabría considerar nacido de la inconsciencia o de la valentía y patriotismo más exacerbados», es triste comprobar cómo esta laudatoria semblanza de este pijo machista y vanidoso llegó a ganar en 2008 el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno de Aragón.

Dos siglos sin aprender...

En aquellas fechas -vuelvo a retomar el hilo- Zaragoza estaba viviendo una pugna interna por el poder entre quienes apostaban por los nuevos tiempos y los que defendían el Antiguo Régimen. Lógicamente, él era de los últimos, pero claro, la ocupación francesa hizo que las ideologías quedaran enterradas bajo el manto de la defensa de la libertad, pese a que los habitantes de la ciudad «habían comenzado a descubrir su condición de ciudadanos y, con ella, a experimentar la necesidad de expresarse políticamente. Desde entonces, los equilibrios de la vieja sociedad estamental serían muy difíciles de mantener», escribe Pedro Rújula en Historia de Aragón (La Esfera de los Libros, Madrid, 2008). Él sí buscaba mantener el statu quo en el que tan cómodo se sentía. Llegó a decir: «Conocido es el riesgo que hay en los movimientos populares, pero hay la diferencia del hombre que ha recibido una buena educación y un buen nacimiento, que nunca olvida sus principios». Un clasista que despreciaba a quien no era de su condición...

El asedio francés